



CONSULTORA DE CIENCIAS DE LA INFORMACIÓN
BUENOS AIRES
ARGENTINA

Serie
DOCUMENTOS DE TRABAJO

Área: Historia

Los libros en la Edad Media: los monasterios benedictinos

Analía Bedrosian

Junio 2014

N° 054

ISSN 1852 - 6411

Copyright Consultora de Ciencias de la Información

Editor: Patricia Allendez Sullivan. Asistente Editorial: Analía Bedrosian

Bedrosian, Analía

Los libros en la Edad Media: los monasterios benedictinos. Buenos Aires:
Consultora de Ciencias de la Información, 2014

ISSN 1852 – 6411

1. Historia del Libro. 2. Edad Media. 3. Monasterios. 4. Monjes
I. Título

Resumen

Durante la Edad Media proliferaron los monasterios, los cuáles se ocupan de mantener viva las tradiciones y la cultura. Para ello cuentan con varios monjes que saben leer y escribir y transcriben textos e imágenes preservando y engrosando una biblioteca cada vez más importante por los autores y textos que la conforman en la que se concentraba todo el saber del mundo antiguo.

Introducción

Los últimos tiempos del Imperio Romano se caracterizaron por la decadencia económica y social que provocó un deterioro en la calidad de vida y permitió el flujo de inmigrantes procedentes de zonas más pobres y atrasadas que se acercaban a las metrópolis atraídos por una vida mejor y una cultura superior. A la muerte de Teodosio el Imperio se dividió entre Honorio y Arcadio, que establecieron sus capitales en Roma y Constantinopla. El Imperio Romano de Oriente, en posesión del legado cultural griego y menos afectado por las oleadas humanas procedentes de los pueblos bárbaros, conservó mejor sus características culturales y durante algunos siglos pudo mantenerse en un aceptable grado de prosperidad y riqueza: de fronteras más herméticas, mantuvo siempre una actitud más conservadora que Occidente, obligada al cambio por las circunstancias.

Fue así como, en un corto espacio de tiempo, todo el sistema cultural y educativo romano se derrumbó, sin que fuera sustituido por otro, ya que las culturas de los pueblos invasores eran, no solo inferiores, sino muy rudimentarias. Como consecuencia, Europa occidental sufrió una época de recesión económica y cultural. Sin embargo, las aspiraciones culturales de los vencedores no fueron nunca imponer su cultura, sino más bien imitar la del vencido, la cual admiraban y consideraban superior: de esta forma, las elites cultas de la época eran de formación greco-latina, y eran ellos quienes marcaban el modelo a seguir.

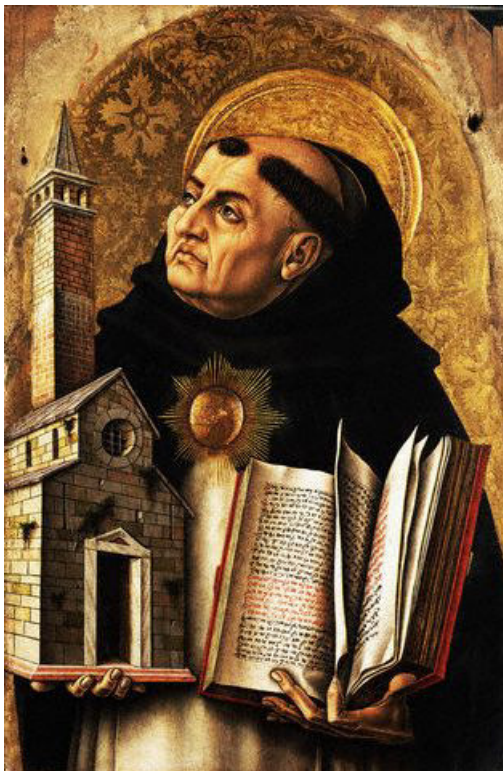
Por aquel entonces, la cultura quedó en manos de la Iglesia, surgiendo los monasterios que fueron decisivos para la expansión de la civilización cristiano-

romana sobretodo en los siglos de la Edad Oscura, así las bibliotecas monásticas que se convirtieron en verdaderos depósitos de la cultura de su tiempo.

Vamos a intentar exponer en detalle todas las tareas que se llevaban a cabo en el scriptorium que comprendían desde la obtención del pergamino hasta la encuadernación final de la obra, siendo ya la primera tarea lenta difícil y muy meritoria la labor

Pasando a la cronología, podemos asegurar el abrumador predominio monástico en la producción de libros hasta el siglo XII, cuando sobre todo el nacimiento de las universidades determinó una demanda mucho mayor y hubieron de surgir muchos más talleres *ad-hoc* fuera de los monasterios. O sea coincidiendo con la pérdida del protagonismo de los monjes hasta en la misma vida consagrada, a su vez una de las consecuencias del tránsito de la Alta a la Baja Edad Media.

El monasterio Benedictino



Después de las invasiones bárbaras, la influencia de la Iglesia, en especial la de Roma, en el mundo del libro fue adquiriendo cada vez mayor importancia; a través de toda la Edad Media y constituye el agente dominante en este terreno y es también, el factor capital en la conservación de parte de la literatura clásica, que había sufrido los estragos de la gran conmoción.

En esta época se pone de moda entre los jóvenes cultos de familias patricias instalarse lejos de las ciudades formando pequeños grupos dedicados a

la oración y al estudio: son los monjes, que durante los siglos VI, VII y VIII florecerán en toda la cuenca mediterránea, sobre todo en la occidental. Uno de estos monjes es San Benito, quien se retiró a las ruinas de una antigua residencia de Nerón y fundó en 529, el monasterio de Monte Cassino. Pronto aumentaron sus seguidores y, dado que las comunidades se componían siempre de un pequeño número de miembros, no tardaron en crearse otros centros de retiro. Con el fin de mantener la unidad entre las diferentes comunidades surgidas todas de un mismo tronco común, San Benito elaboró una serie de normas que constituyeron las reglas de la orden y que tendrían una importancia decisiva en la actitud de los monjes y de los centros monacales durante la Edad Media.

San Benito le daba una importancia fundamental al libro, a la lectura, a la copia y conservación de manuscritos: ordenaba de forma detallada las horas que debían dedicarse al estudio y la lectura, y como se organizaría el trabajo en los monasterios para poder satisfacer la demanda constante de manuscritos.

Donde los monjes debían pasar su tiempo libre leyendo y a una pareja de los veteranos estaba encomendada la vigilancia del cumplimiento de este deber. San Benito se refería con ello a la literatura religiosa y no a la profana.

Se cultivó el estudio y la copia de los autores clásicos paralelamente a las lecturas edificantes. No fue en realidad el interés por la literatura clásica lo que llevó a los monjes a dedicarse a ella, sino la necesidad de conocer el griego y el latín para leer la literatura eclesiástica; la literatura clásica era un medio para ejercitar la práctica de esos idiomas. A través del desarrollo monástico se estableció, por lo tanto, una cultura literaria internacional que –por muy hondo que fuese su matiz religioso- significó, sin embargo, una continuación de la vida espiritual de la edad clásica.

Los libros se copian en los monasterios, con el fin casi exclusivo de satisfacer la demanda interna: fuera de allí casi nadie sabía leer, ni siquiera el bajo clero – por lo que se recurría a la iconografía para enseñar las bases de la Religión o la Historia sagrada, y la cultura del pueblo era oral. Los nobles eran analfabetos y en el mejor de los casos tenían a algún lector o copista en su corte con el fin de que prestara sus servicios cuando estos fueran necesarios. La práctica

desaparición del comercio y la decadencia económica tuvo consecuencias funestas para el libro y la cultura: los pergaminos escasean, con lo cual se ven obligados a borrar los antiguos para reescribir encima (palimpsestos), de lo cual quedan numerosos ejemplos, tales como el *Codex Ovetense* o el *De republica* de Cicerón conservado en la Biblioteca Vaticana.

La incomunicación entre los diferentes centros culturales dio como resultado, entre otras cosas, el abandono de la letra romana y la aparición de letras nacionales: merovingia, visigótica, etc. Además, los monasterios eran autosuficientes: desde la cría del ganado para obtener pergaminos hasta la encuadernación del libro, allí se realizaban todas las operaciones correspondientes

En sus bibliotecas, talleres y escritorios se realiza ahora todo el trabajo intelectual y manual de su tiempo.

Fue en los monasterios donde Occidente aprende a trabajar metódicamente, con una división clara de los oficios y con las horas claramente delimitadas para ello. Es en los monasterios donde se aprende la valoración del tiempo, donde se aprende a ahorrarlo y a dividirlo; se mide el paso del tiempo con el toque de las campanas. Quienes más se destacaron por sus bibliotecas y scriptoria fueron los benedictinos. Por otra parte los monasterios se erigieron en verdaderos centros del saber, ya que fueron fundamentales en la arquitectura, en la escultura, en la pintura, en la orfebrería, se tejían tapetes, se hilaba la seda, se hacían cerámicas y se fabricaba el [vidrio](#). Es por ello que al lado de cada gran monasterio se erigía un pequeño poblado. La supervivencia del uno sin el otro hubiese sido a todas luces imposible.

La mayoría de los monasterios tenían talleres de copia llamados *Scriptorium*, que era el lugar de trabajo de los monjes copistas: los libros eran copiados, decorados, encuadernados y conservados. El *Armarius* dirigía el trabajo haciendo las funciones de un bibliotecario.

El trabajo del copista tenía muchas secuelas: por ejemplo, gracias a su trabajo las obras circulaban de un monasterio a otro; las copias permitían que los monjes entendieran las obras y pudieran perfeccionar su aprendizaje religioso.

Era un trabajo laborioso: se leía un libro al mismo tiempo que se hacía una escritura apropiada para el servicio de Dios. Además de hacer las copias de sus propios libros, los monjes también hacían copias por encargo.

Las bibliotecas benedictinas

Los scriptoria de los monasterios benedictinos, eran grandes salas destinadas al trabajo en comunidad. Estas salas se reducían a una o dos habitaciones en la cual existía una mesa cuadrada central y siete pupitres emplazados de forma que pudieran aprovechar la luz que entraba por las ventanas, donde podían trabajar hasta 11 o 12 monjes sentados en cátedras y apoyados en tablas.



La labor de copistas y miniaturistas estaba delimitada por la competencia de los monjes en estos dos oficios. Los miniaturistas se conocían con el nombre de *miniature*, los [calígrafos](#) hábiles eran los *antiquarii*, los ayudantes *scriptore* y los pintores de iniciales *rubricatore*. Pero no todos eran monjes, los había también laicos que trabajaban en sus casas o

en los monasterios y a los que se les reconocía un modesto salario.

Una copia comportaba diferentes fases: preparación del manuscrito en forma de cuadernos que se unían una vez terminado el trabajo, presentación de las páginas, copia propiamente dicho, revisión, corrección de las faltas, decoración y encuadernación. La confección del libro requería, por tanto, diferentes artesanos, que convertían un manuscrito, por este método, en una obra colectiva.

Cuando el monje se disponía a escribir, cortaba primero el pergamino con ayuda de un cuchillo y una regla (operación conocida por *quadratio*); después

se satinaba la superficie y se rayaban las hojas, para lo cual previamente se indicaba en el borde la distancia entre las líneas haciendo pequeños agujeros con un compás. El rayado se hacía con un punzón o con tinta roja o más tarde con frecuencia con un lápiz de grafito. Cuando por fin comenzaba propiamente a escribir, el escriba, o calígrafo, tomaba asiento ante un pupitre inclinado, en el que se encontraban dos tinteros de cuerno con tinta negra y roja, y equipado con su pluma (de determinadas aves, preferentemente anátidas) y su raspador se disponía a la tarea. La tinta roja se utilizaba para trazar una raya vertical a lo largo de las iniciales; es lo que se conocía por rubricar (de rubrum, rojo).

Cuando el escriba había terminado el manuscrito, le daba fin con varias líneas (llamadas suscripción o colofón), en las que se encontraba el título del libro; comienzan por lo general con las palabras explicitus est (o tan sólo explicit), un curioso recuerdo del tiempo en que los manuscritos tenían todavía forma de rollo, ya que estas palabras significaban que el manuscrito se encuentra desenrollado. El título se colocaba también al comienzo, en cuyo caso se iniciaba el texto con las palabras hic incipit (aquí comienza), para después informar de qué materia trataba. Al final el escriba agregaba con frecuencia dónde y cuándo había realizado la obra, para quién, etc., así como también podía mencionar su nombre para recuerdo de la posteridad. Parte de los manuscritos son, como ya se ha observado, palimpsestos; se conocen muchos manuscritos (en especial de los siglos VII al IX, en los que escaseó el pergamino), bajo cuyo texto de teología han podido descubrirse con la ayuda de modernos métodos fotográficos, manuscritos borrados, pero aún legibles, de obras de la antigüedad clásica.

Se conocen ilustraciones, como se ha señalado antes, ya en los manuscritos de la antigüedad, aunque principalmente en textos de ciencias naturales o medicina, y con toda seguridad existieron en la época helenística libros compuestos exclusivamente de ilustraciones y un breve texto explicativo. Mientras el papiro no se prestaba propiamente a la iluminación, el pergamino era mucho más idóneo para estos fines, y en los manuscritos en pergamino de la antigüedad comienza también el arte de la ilustración del libro, que obtuvo un incesante desarrollo en la Edad Media.

Hasta el siglo XII fueron especialmente los evangelarios los que se ilustraban con imágenes de Cristo, circundado de los cuatro animales del Apocalipsis y de los cuatro evangelistas: Mateo, Marcos, Lucas y Juan, cada uno con su símbolo. También las tablas de canon, tablillas que exhibían la concordancia interna entre los evangelios, se inscribían entre las columnas de un pórtico coronado de un arco. Otro tema para ser decorado en los manuscritos eran las



iniciales de los diferentes párrafos o capítulos. Ya en tiempos del Imperio romano se había dado a estas iniciales mayores dimensiones y también con frecuencia una ornamentación especial, realizada en color rojo producido con minio o cinabrio. En los monasterios medievales se desarrolló rápidamente esta costumbre, las iniciales fueron tomando creciente formato y acompañadas de entrelazados y encuadres de

progresiva perfección artística. Estas grandes iniciales ornamentadas se iluminaban con oro o plata; de las letras propiamente dichas se pasó a pintar escenas enteras en ellas.

Además de estas iniciales decorativas, muchos de estos manuscritos muestran una serie de ilustraciones autónomas; son llamadas, de la palabra latina *minium*, que significa rojo, miniaturas o, si además de los colores se utilizaba el oro, iluminaciones (de *lumen*, luz), por lo que estos manuscritos así decorados reciben con frecuencia el nombre de “libros de oro”. Los colores eran opacos o al agua; el oro se aplicaba en panes sumamente finos y bruñidos o en polvo, en los tiempos más antiguos con un brillo de latón, más tarde por lo general con un tono más rojizo.

Rara vez era el mismo monje o religiosa quien escribía el texto y realizaba las iniciales e ilustraciones; el escriba dejaba un blanco para éstas y solía escribir en el margen, con un letra fina que podía ser fácilmente borrada, advertencias relativas a la decoración, tras de lo cual los miniaturistas o iluminadores

comenzaban, provistos de su caja de colores, sus pinceles y su oro. Con una pluma trazaban el bosquejo de la ilustración con finos trazos, antes de pintarla o dorarla.

La encuadernación

En cuanto a la encuadernación de los libros esto estaba a cargo de uno de los monjes (ligator). La forma más antigua de encuadernación de la Edad Media es aún muy diferente de lo que entendemos hoy por tal; era obra de orfebres y tallista. Las tablillas recubiertas de cera (diptycha), mencionadas anteriormente, usadas por los romanos para apuntes cortos, se hicieron en la época imperial, en ocasiones de especial solemnidad (por ejemplo, para la entrada en función de un cónsul), de marfil, con cubiertas artísticamente adornadas, y se conservan varios ejemplos que demuestran cómo estos diptycha de lujo fueron



usados en la Edad Media como encuadernaciones de manuscritos eclesiásticos. Con razón, pues, se las considera como el origen de las encuadernaciones de orfebrería de la alta Edad Media; sus planos se componen de placas de madera, decoradas con relieves en marfil o cinceladas en plata y oro y engarzadas con piedras preciosas, perlas y esmaltes.

Estas encuadernaciones se empleaban especialmente para los libros litúrgicos usados en los actos de culto, por lo que también se les llama encuadernaciones de altar y con frecuencia la tapa anterior, que quedaba al descubierto, está decorada con mayor riqueza que la posterior. Los motivos de los relieves estaban inspirados por lo general en escenas del manuscrito en cuestión y reproducen, por lo tanto, mayormente episodios de historias bíblicas, por ejemplo con un Cristo en la cruz como motivo central y en los marcos en torno era corriente emplear una ornamentación estilizada de flores y de hojas.

Las encuadernaciones preciosas muestran, al igual que las miniaturas de los manuscritos, diversos estilos conforme al tiempo y al lugar en que fueron realizados. Se distinguen, por lo tanto, encuadernaciones de esmalte, típicamente bizantinas, encuadernaciones de plata y de bronce con el característico dibujo irlandés de dragones; encuadernaciones de marfil con la huella del arte carolingio y otras, también en estilo románico. En algunas de ellas lo más notable son los marcos con piedras preciosas, otras están dominadas por un panel central con un altorrelieve en oro cincelado, o sea, que la imaginación artística más rica y más variada se ha expresado en estas encuadernaciones, que aún se encuentran en buen número en bibliotecas y museos. Pero no pocas veces, a lo largo de los siglos, manos codiciosas las han despojado de su aderezo de oro y piedras preciosas.

Para los manuscritos monásticos corrientes se utilizaba, si es que no se contentaban con una simple cubierta de pergamino, la encuadernación en cuero. A lo largo del siglo XIV se hicieron también raras las encuadernaciones de orfebrería y muchas de las encuadernaciones litúrgicas fueron realizadas más sencillamente en terciopelo o cuero y con el metal reducido a la guarnición de las cantoneras con sus resaltes, que en la época del gótico tardío comenzaron a usarse, con el fin de que el libro pudiera descansar sobre ellas al yacer abierto, de modo que las tapas no sufriesen roces. La encuadernación en cuero fue conocida, como ya se dijo, desde la antigüedad, pero hasta la Edad Media no alcanzó su apogeo en Europa. Las tapas se hacían, generalmente, de madera (haya, roble, arce), y recubiertas con cuero –por lo general, piel de ternera pardo oscuro- que, con frecuencia, se decoraba de diversas formas. Existen también indicios de que se empleó la piel de ciervo y de otros animales salvajes.

De un período más antiguo de la Edad Media se conocen diversas encuadernaciones cuya decoración adopta la forma de repujado, es decir, que sobre el cuero húmedo se dibujaba un modelo, que después era grabado con un cuchillo y retocado con un instrumento romo o un punzón. La técnica del repujado era conocida ya en los monasterios coptos, pero alcanzó su cumbre especialmente durante el siglo XV y parece haber radicado predominantemente en Alemania meridional y Austria. La decoración es, como con frecuencia en el

gótico tardío, la típica ornamentación vegetal y de figuras grotescas, pero también imágenes de ángeles y santos, y más tarde se encuentran representaciones de cazadores a caballo o de escenas amorosas.

Mucho más corrientes, sin embargo, son las encuadernaciones estampadas en seco, que no requerían tanta pericia como el grabado. Con troqueles calientes, en los que estaban cincelados los modelos, se imprimían sobre el cuero, de forma que la decoración quedaba en relieve; al no emplear el dorado, la técnica se llama estampado en frío; lo mismo que el repujado, se practicaba ya en los monasterios coptos. La decoración consiste en una serie de recuadros compuestos de entrelazados de pequeños cuadrángulos, triángulos y figuras circulares o en forma de corazón. En general, los marcos exteriores se diferencian de los del centro, en el que los troqueles, o bien se encuentran cruzados en pequeñas figuras geométricas o bien han podido extenderse con mayor libertad. Durante la época carolingia el número de los hierros era aún bastante limitado, pero en el período románico aumentan considerablemente y las tapas se cubren con ornamentación de tema vegetal y animal, imágenes de santos, caballeros y otras figuras humanas. En la época del gótico se vuelve a una ornamentación más sencilla.

En los ángulos de las tapas se solía emplear, como ya se comentó,



guarniciones de latón con chatones y el libro se mantenía cerrado por medio de broches de metal. En la baja Edad Media se emplearon además cadenas de hierro, fijas a las tapas en su parte superior o inferior, con las que los libros podían quedar sujetos al pupitre o al estante, para impedir su caída o el que

fuesen separados de su sitio. A la decoración del lomo no se le prestó gran atención; como se ha dicho, los libros se encontraban en la época medieval casi siempre sobre un pupitre y si estaban depositados en un estante, el lomo se colocaba en la parte junto a la pared; la costumbre actual de colocarlos con

el lomo al descubierto se originó en el siglo XVII. El título del libro aparecía por lo tanto escrito con tinta, bien sobre el canto inferior, de forma que quedaba visible cuando el libro yacía plano, o sobre el lateral, para ser visto cuando estaba colocado de pie en el estante.

No debe suponerse, claro es, que todas las encuadernaciones realizadas en los conventos tuvieran una decoración tan artística como las indicadas aquí; muchas estaban decoradas modestamente y no todos los monjes que trabajaban como ligatros superaron la categoría de aficionados. Pero también son de admirar con frecuencia el sentido artístico y a la segura pericia manifestada en la combinación de los hierros.

Como se indicó antes, fueron los benedictinos quienes en grado eminente dieron impulso a la actividad literaria y en el siglo XIII fue la más antigua de sus bibliotecas monásticas, la de Monte Cassino, una de las más ricas y más prestigiosas.



Los devocionarios se encuadernaban con frecuencia, especialmente en Alemania, de forma que el cuero de las tapas se alargaba considerablemente por el borde inferior y se ataba en un nudo, lo que permitía que el libro pudiese ir colgado del cinturón. Estas encuadernaciones de bolsa fueron sin duda muy corrientes, pero sólo se ha conservado una veintena (y de ellas, unas pocas en colecciones escandinavas).

Puede fácilmente pensarse que la razón de estas encuadernaciones de bolsa reside en el deseo de los monjes de gozar de una vida lo más cómoda posible. Lo mismo que los pequeños soportes (misericordias) que se instalaron en la parte inferior de asientos móviles de los coros, para apoyarse en ellos cuando el asiento estaba alzado, podrían quizá interpretarse estas encuadernaciones como un indicio de la creciente inclinación de los monjes hacia la vida cómoda.

La decadencia de los monasterios

Es un hecho de sobra conocido que en la segunda parte de la Edad Media la vida monástica decayó en muchos lugares y se distanció de los primitivos ideales. Y este proceso de degeneración afectó también a la actividad bibliográfica de los conventos y los estudios de los monjes. Con el resurgir de las ciudades en Europa y la aparición de las universidades que disponían de bibliotecas abiertas a profesores y alumnos teniendo la facilidad de conseguir libros y copiándolos personalmente en las oficinas de los estacionarios o libreros. O también comprándoselos baratos porque se copiaban en papel, no tan caro como las escasas pieles, y con sobriedad, y sin emplear costosas ilustraciones ni encuadernaciones lujosas. Todo esto terminó de casi cerrar el ciclo de apogeo de los monasterios.

Conclusiones

Aunque se avanzó culturalmente, la espiritualidad de la baja edad media fue el auténtico indicador de la turbulencia social y cultural de la época. Esta espiritualidad estuvo caracterizada por una intensa búsqueda de la experiencia directa con Dios, bien a través del éxtasis personal de la iluminación mística, o bien mediante el examen personal de la palabra de Dios en la Biblia. En ambos casos, la Iglesia orgánica, tanto en su tradicional función de intérprete de la doctrina como en su papel institucional de guardián de los sacramentos, no estuvo en disposición de combatir ni de prescindir de este fenómeno. Si bien por una parte los monasterios jugaron un papel muy importante en la conservación y difusión de la cultura durante la Edad Media, (ya que en ellos se atesoró una buena parte del conocimiento de la época. Así las obras de muchos sabios griegos y romanos fueron copiadas y difundidas por las órdenes monacales; y por esta razón han podido llegar hasta nosotros), por otro lado esta fue una época de tensiones y abusos entre el poder político y la iglesia donde el poder civil perseguía en nombre de la fe, y el absolutismo de la iglesia en sus extractos, había asimismo omisión de diálogo y condenación de pensadores, en fin, esta es una época que crea causas y efectos en diferentes niveles sociales, religiosos, económicos y científicos que estallan en el siglo

XV, una época que marcó las normas y pensamiento en la vida de la iglesia hasta nuestros días.

Bibliografía

Buringh, E.; van Zanden, J. L. (2009). "Charting the 'Rise of the West': Manuscripts and Printed Books in Europe, A Long-Term Perspective from the Sixth through Eighteenth Centuries". En: *The Journal of Economic History*. 69 , 2, 409–445.

Cagisal Pascual, D. (1980). "Valores permanentes del monacato". En: *Revista Conversaciones sobre monaquismo*. p.101-104.

Dahi, S. (1999). *Historia del libro*. Madrid: Alianza.

Editorial Católica (1997). *Documentos del Vaticano II*. 2a. ed. Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos.

Escolar, H. (1988). *Historia del libro*. Madrid: Fundación Germán Sánchez Ruipérez.